

# Tú, que entraste conmigo...

Enrique Prochazka

Digitalizado por: VP, 2004



# Tú, que entraste conmigo...

*Di cjuel che udire e che parlar vi piace,  
noi udiremo e parleremo a vui,  
mentre che'l vento, corneja, ci tace.*

## I

Otra vez una piedra en su zapatilla. Podía soportarla unos centenares de metros más, se dijo entre dientes, maldiciendo lo tonta que había sido -recién ahora empezaba a darse cuenta- al planear esta excursión a solas. Y si bien la arqueología le gustaba, no era su especialidad ni mucho menos. Había tenido que incluir este viaje a pie hasta el Batán para obtener las fotografías que necesitaba su informe. ¡Como se le ocurriera al idiota de Kutsnezov calificarla con algo que no dijera "excelente" ya vería! Ya tenía las fotografías del inútil y aburrido montón de piedras (ya no era "un importante y poco conocido centro ritual") y estaba apenas empezando el viaje de retorno hacia Liache. Estaría allí a más tardar en tres horas, y luego podría darse un baño para quitarse el sucio polvo rojo de este desierto de porquería y dormir de un tirón hasta mañana, cuando contaría entusiasmada a los bobos de Manuel y Sergei, sus condiscípulos, lo interesante que había sido la salida. Se reiría de la aventura, sí... pero antes debía caminar otra vez tres horas. Se abatió profundamente y pateó una piedrecilla, que fue a confundirse con los otros mil millones de piedrecillas del desierto, levantando un collar de ágiles nubecitas de polvo rojo enhebradas por la brisa.

-Sitio de porquería -murmuró.

En realidad Bea era muy injusta. Había tenido razón el profesor Kutsnezov al decir que en ningún lugar había atardeceres tan espectaculares como en el desierto en los alrededores del Batán. Alrededor de Bea, altas manos de terracota añoraban un cielo infernal, y entre ellas un viento poblado de sirenas enamoraba a argonautas impávidos e incapaces de sucumbir a un canto que se hacía entonces lamento.

Bea se había cansado de contemplar las famosas figuras después de la primera hora de caminata. En las agujas de piedra los juegos de luz y sombra ensayaban rostros fugaces y crípticos, mientras araban con sus lentas sombras la llanura igual por donde Bea trazaba, murmurando, el camino de una hormiga.

La hormiga se detuvo y se sentó en una piedra.

Desató su zapatilla, de invisible azul tras esa costra de color óxido, y dejó caer fuera el guijarro que la venía molestando. Suspiró, masculló algo inaudible en la estúpida soledad del desierto, y empezó a atar de nuevo los viejos cordones. Al terminar el nudo, como insistiendo sobre una labor bien hecha, le dio un fuerte ajustón. El pasador se rompió.

Antes de proseguir con mi relato, hace falta señalar que Bea era una chica muy dulce y muy tranquila, de inteligencia superior al promedio y de una entereza física más que adecuada a la excursión que tan alegremente había planeado. Lo que ocurrió a continuación sólo puede ser explicado -de hecho, se explica totalmente- como un momentáneo y pasajero arrebató de frustración.

La galaxia giraba, devorándose a sí misma en un remolino cósmico. Modesto jinete de una de sus espiras, el Sol perseguía infatigablemente a Ras Alhage, la inalcanzable estrella blanca del Serpentario. Sobre la superficie del planeta que la albergaba, la foránea vida nacía, crecía, mataba y moría. Equidistante de dos cordilleras anonadadas por las eras, central sin querer en el desierto bermejo, Beatriz Mathieu, estudiante del último año de historia en la universidad de Liache, lanzaba iracunda una zapatilla al horizonte imperturbable.

Fue en ese momento cuando sentí por primera vez el impulso de hablarle. Pero preferí esperar.

Ella volvió a la piedra, y con dedos torpes extrajo los restos de cordón de su zapatilla, recuperada de bastante lejos hacía unos momentos. Extendió los dos trozos desiguales sobre los muslos de su blue jean, calculando la mejor manera de atarlos. En el más corto había una parte muy gastada, que eliminó de un mordisco y un tirón. Luego ató los trozos con un nudo sin nombre. Antes de pasar su espléndida obra por los ojajillos decidió que quería un cigarrillo. No fumaba desde hacía un tiempo, pero sabía bien en qué rincón de su bolso se escondía todavía un Marlboro. Lo obtuvo, pero gimió de rabia al percatarse de que no tenía cómo hacer fuego. Masticando la punta de su pequeño tántalo privado, maldijo una y otra vez, mientras volvía a sujetar el zapato entre las gastadas rodillas de su pantalón. Trató entonces de pasar el cordón, comprobando de inmediato que el grueso nudo, lejos del centro del cordón, no pasaba por los ojales. Gritó, o rugió, no recuerdo muy bien.

Fue entonces cuando subí.

## II

Aquí es necesario que me detenga nuevamente e indique -y sirva esto como presentación por ahora- que no es mi costumbre andar acechando a los paseantes por los alrededores de Liache. De las pocas veces que había subido por allí antes, sólo vi a un grupo de estudiosos que también volvían del Batán (que no es un Batán como ellos enseñan) y que no me vieron. Pues yo no estaba seguro de que fuera correcto que me vieran y no salí del todo. O no fue así; no recuerdo muy bien eso tampoco.

El caso es que Bea ¿cómo decirlo? me enterneció. Por eso actué como lo hice; por eso estoy contando esto ahora.

Nada hay mejor para asustar a una chica desprevenida, que cree correctamente que está sola a pocos kilómetros de un importante y poco conocido centro ritual, que

acercársele desde atrás en silencio. Por eso subí al camino normal, poco más adelante que ella, y enfilé hacia donde se hallaba sentada, como si viniera de la ciudad. Después, dependiendo del desarrollo de los acontecimientos, le explicaría o le mentiría, lo que desde luego sería exactamente lo mismo.

Alzó la cabeza y pareció sorprendida por mi talla, aunque no asustada. Le hablé cuando estaba a diez pasos, caminando todavía hacia ella.

-¡Hola!

-Buenas tardes...

-¿Problemas?

-No -sonrió, tratando de ocultar sus ojos, enfurecidos hacía sólo unos momentos, entre su caóticos cabellos. Llegué hasta su lado.

-¿Vienes del Batán?

-¿Ah? Ah, sí... Del Batán. Lindo sitio.

- ¿Universitaria?

-Aja.

-Arqueología, supongo... O historia.

-Historia. -Sonrió. No parecía demasiado dispuesta a conversar. Pero al parecer ya me había catalogado como inofensivo. Un anciano de dos metros es siempre un anciano, me dije.

-¿Tiene fuego?

-¿Ah? Oh, lumbre, sí. -Busqué en mis bolsillos inútilmente. Tenía un tuberáculo y un pequeño alarón roto... Alguno de los dos tendría que servir. Opté por el tuberáculo, que podría pasar por encendedor.

-Aquí tienes -dije, encendiendo una llamita en un extremo, que le ofrecí.

-Mm. Gracias -me dijo, llenándome el pecho de humo. -¿Puedo ver su encendedor? Es muy curioso...

(¡Caramba, se dio cuenta!) -Claro. Toma.

Jugó confusamente con el tuberáculo, y cada vez que oprimió el ómater yo produje una llamita en el agujero calibrador. No lo notó.

-Geñal...- dijo, devolviéndome con desgano el tuberáculo.

-¿Qué?

-Geñal... genial... nunca lo digo bien. Oh, bueno, lo digo así, como con eñe.

-¿Sí? ¡Qué geñal!

Pude hacerla reír por fin. Tenía unos dientes enormes y muy blancos, y la ironía marcaba una fina línea de carácter en la comisura de sus labios.

### III

- Así que es Ud. profesor.
- Exacto. Enseño filosofía de la historia.
- Qué raro que nunca lo haya visto en la universidad.
- No enseñé en Liache. Lo cierto es que actualmente no ejerzo.
- Ah.

Había adoptado mi compañía de regreso a la ciudad. A nuestras espaldas, el sol se acercaba a un horizonte en llamas, aserrado de negras siluetas que distaban milenios. Mi sombra, larguísima, se bamboleaba hacia Liache al lado de la de Bea, bastante más corta. Ella las miraba y sonreía. Capté su mirada y reí levemente.

- ¿Usted cuánto mide?
- Vaya, creí que no te atreverías a preguntarlo. Pues mira, cuando me medí por última vez pasaba los dos metros. Hoy debo estar aún muy por encima del metro noventa.
- ¡Uf! ¿En serio? Bueno, qué pregunta, si lo estoy viendo... ¿Y sus padres eran muy altos?
- Sí, mucho. Creo que incluso mi padre era más alto de lo que yo fui.
- ¡Caray! Ud. seguramente ha jugado basquetbol.

¡Basquetbol! Yo había oído eso. Quizás hacía muchísimo.

- ¿Básquet? Sí, claro, de joven... -Antes de que siguiera preguntando y poniéndome en dificultades, la interrumpí.
- Beatriz... ¿Puedo decirte Bea, no? Mira, hay algo en esa loma que seguramente te va a fascinar. Muy poca gente lo conoce, pero es algo fundamental para explicar lo que ustedes llaman el Batán, y que podrás contarle a tu profesor para ponerlo en problemas...
- ¿Sí? -pareció entusiasmada con esa perspectiva. -¡Geñal! ¿Qué es?
- Es... es... (soy yo, me tentó pensar). Bueno, tendrás que verlo. Además es el momento ideal. Tenemos que llegar arriba antes de que el Sol se ponga. ¿Podrás?
- ¿Es un juego de sombras? Un... un? ¡Geñal! ¡Claro que puedo! ¡Vamos!

Bea tenía un modo especial de hablar. Cantaba las vocales, extendiéndolas en duración por dos y tres tonos. Era muy extraño, pero he oído acentos más indescifrables: tal vez ella podría pronunciar correctamente el Ikaese. Con ella manteniendo esforzadamente mi tranco, empecé a subir rápidamente hacia el Qahirq.

El tiempo, portando en su seno ignoto su oscura autointeligibilidad, se pliega, conmigo dentro. Todos nosotros, que no tenemos nombre ni cara ni merecemos ese apelativo plural, vamos subiendo una y otra vez la múltiple montaña de un atardecer, a la caza del inalcanzable Sol, a su vez perseguidor obstinado de Ras Alhague... Yo, como un insecto ciego, trazo con ojos inútiles una y mil veces la historia del mundo, recombinándome hasta el vértigo en una ancianidad sin principio. Abismándose hacia el tiempo, una joven jadea el flanco de su loma, arroja un cigarrillo cadáver, y sigue de cerca los pasos de un anciano flaco, sin saber que está desmenuzando minuciosamente, por vez enésima, la estructura

gastada e ilusoria de la conciencia... junto a ellos, bajo ellos, en su Universo autosostenido y total, dos hormigas pugnan por encaramarse a una piedra no mayor que mi puño. La hormiga más joven jadea y pregunta:

-¡Hey! (Soy una tonta) Hey, profesor... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

La otra hormiga sonríe, ya a punto de lograr la cima, mira hacia atrás y, demorándose un segundo más de lo necesario, responde:

-Dante.

#### IV

Me detuve frente al Qahirq. Bea llegó a mi lado; jadeando. Puso las manos en las rodillas, dejando colgar la cabeza, y sus cabellos soltaron sobre el peñascal de la cumbre el cargamento de polvo rojo que habían recogido durante las horas pasadas. Tierra del Gran Alarán, pensé mientras avanzaba hacia las grandes rocas. Átomos disgregados por la casualidad que vuelven a unirse para la causalidad. Symbolos. Ella los trae a este ocaso; algún día volverán a ser piedra, a ser árbol, paloma, estrella, tinta, papel, Qahirq.

-¿Dante? -se irguió, poniendo las manos en las caderas.

-Aquí estoy. Apresúrate. El Sol ya se pone. Tiene que ser el momento exacto. Te advierto -le dije cuando estuvo a mi lado en el peñascal- que no subo aquí hace mucho tiempo y no sé si el fenómeno aún se produzca. Si tus profesores han movido el Batán...

-¿Qué tiene que producirse? -Bea escudriñaba en dirección al Batán, sin ver.

-Aún falta, creo, unos cinco minutos. Fíjate en esas piedras aquí cerca, justo en la dirección del Sol. ¿Las ves?

Ella aspiró asombrada a ver el Qahirq, que sólo se forma desde el lugar donde acomodé su cabeza.

-Es... ¡el Batán! ¡Es igualito! Es un agujero...

-Fíjate. La piedra de la izquierda está a pocos metros de nosotros, y su perfil complementa al del Batán. La de la derecha es simétrica, tiene el mismo perfil, pero... fíjate desde aquí... Está casi al doble de distancia. Sólo desde este punto, colocando la mandíbula aquí... Mantenía así. Eso. Sólo desde allí puedes ver recortada entre ellas la precisa figura que llaman Batán, con una simetría perfecta y en dirección al Sol.

-¡Geñaaa! -comentó previsiblemente. -¿Y nadie sabe de esto?

-Que yo sepa, no se conoce en Liache, y no se enseña en ninguna universidad. Una vez escribí algo sobre el fenómeno... Pero bueno. Ya va a ocurrir.

-¿Qué? ¿Qué va a ocurrir? Me muero de curiosidad.

-A través del hueco del Qahirq, porque así se llama esto, estás viendo el Gran Alarán, que es el nombre que le doy a lo que tú llamas Batán. Y el Sol se pone exactamente detrás; la sombra del Gran Alarán penetra en el hueco del Qahirq, y... bueno, en un momento lo vas a ver. No te muevas.

Como una pequeña medalla de cobre fundido, el Sol cayó lentamente hacia el dentado horizonte. Inmediatamente debajo del previsible punto de tangencia, el Gran Alarón negaba los rayos de ese sol a una faja cada vez más prolongada de desierto que se estiraba hacia nosotros. Yo ya no veía el lejano Gran Alarón; con los ojos cerrados me empeñaba en recordar el ángulo en que había que disponer los meñiques. Mis viejas manos lo recordaron antes que yo. La sombra trepó la loma, la sombra lamió los flancos soleados de todas las piedras, la sombra cubrió al mundo coherente y diminuto de las hormigas, la sombra entró y cupo exactamente, como siempre, en el hueco del Qahirq. Pronuncié la palabra y flexioné las muñecas, y sentí una vez más el escalofrío delicioso que me ha dado y consumido tanta vida.

El Mundo giró.

Pronuncié la palabra nuevamente, ya sólo por decirla.

## V

Cuando vi a Bea desesperarse y arrojar lejos su zapatilla, aún dudaba, puesto que consideraba que yo no tenía derecho a subir así como así e irrumpir en lo completamente ajeno. Pero subí, impulsado, como creo haber dicho ya, por una cierta ternura que establecía (para mí) un lazo suficiente con ella y aminoraba lo impropio de mis acciones. Pensé conversar unos minutos con la chica, caminar un poco tal vez, darle fuego, y desaparecer hacia la noche... Pero cuando, subiendo hacia el Qahirq, me preguntó mi nombre por segunda vez, supe que había tomado una decisión. Pronunciaría la palabra, y llevaría a Bea a Ucronia.

Nada había cambiado, pero todo era distinto. -¿Te sientes bien?

-Sin... -murmuró Bea débilmente, y luego, olvidando el geñal: -Esto es... ¡fantástico!  
¿Qué ha pasado? Ud. dijo algo...  
(¿Qué objeto tenía el seguir ocultándolo?)  
-Hemos cambiado. No somos los mismos.

No pareció alarmada. No había entendido que lo que acababa de sufrir era mucho peor que un secuestro.

-¿A qué se refiere?

-Bea, lo que voy a decirte te parecerá confuso (en realidad, es confuso, aunque tiene más verdad de lo que tú o yo podemos comprender) pero voy intentar explicártelo. Primero, diré que todo lo que ha ocurrido puede revertirse, y te voy a enseñar cómo se hace. Pero requiero sobre todo tu confianza.

Ahora sí logré alarmarla, y se puso en guardia:

-¿De qué está hablando? La verdad es que no comprendo nada.

-Presta atención. Como puedes ver, el Sol se ha puesto. Has estado desmayada cerca de un minuto. ¿Qué recuerdas?

-Bueno, las luces tan bonitas, geñal, luego usted dijo algo, y ¡nada! El mundo... como que se apagó y volvió a encenderse; yo tenía como náuseas...

-¿Tuviste náuseas? Sí, las tuviste... qué torpe he sido. Me falta práctica. -Ella me miraba al borde del miedo.

El cielo era un infierno carmesí que flotaba sobre el lago de sangre del desierto. Pero la escena era tan quieta que esa hecatombe de escarlatas sólo era capaz de transmitir paz, una paz geológica que compartía la enorme edad del planeta. Recité, traduciendo palabras que habían sido dichas por primera vez cuando ese ocaso perenne era apenas mediodía:

-"Un hecho cualquiera del universo puede entenderse de una infinidad de formas. Todas, salvo una, colocan al hecho en relación con otro. Sólo cuando el hecho se contempla a sí mismo se halla fuera de relación, y aun así persiste en él un cierto modo de conexión íntima. Todo hecho es inteligible, lo cual significa que es relacionable."

Oscurecía. Continué, cambiando de tono, hablándole como si fuera uno de mis antiguos alumnos:

-Es una de las tragedias de la condición humana el que cierto tipo de relaciones resulten más aceptables que otras. Así surge, por ejemplo, el concepto de la causalidad, que, como bien sabes, el filósofo Hume discutió hace ya algún tiempo. Pero Hume erró la dirección de su crítica. No es que la causalidad sea un fantasma; es que la cadena causal es sólo una entre infinidad de relaciones posibles, cualquiera de las cuales puede explicar la aparición de un hecho determinado... para ello ni siquiera hace falta conservar el orden temporal.

Paradójicamente, la cronología es una tara de la que uno se libera poco a poco, a medida pasa el tiempo. En fin: todas las explicaciones posibles son válidas, y la postulación de cada una propone un sistema dentro del cual ésta es la explicación verdadera. Sin embargo, resulta interesante saber que hay grupos, o mejor diré sectores de sistemas, que son más operativos que otros...

-¿De qué está hablando? Parece filosofía, pero no del todo...

-No, es tecnología avanzada. En realidad lo que hago es un esfuerzo para describir sus bases teóricas, reduciéndolas a una simplificación muy burda... Déjame seguir. Hay sistemas que no funcionan en absoluto. Otros sirven para explicar un hecho en relación con muchas verdades posibles, surgidas de otros sistemas. Otros son sistemas de espectro muy cerrado, hasta unívocos. Hay sistemas de comunicación entre dos relaciones preexistentes y otros que realizan lo que sólo podemos llamar creación. Por cierto, también los hay de destrucción -puesto que construir y destruir son dos nombres para una misma cosa. Yo... ejem, yo me he servido de un sistema empático, de un integrador de sistemas.

-¿El... el Alacrán?

-Alarán. Bueno, no exactamente. El Gran Alarán y el Qahirq son sólo dos elementos del integrador. Se requieren otros: una palabra dicha en el momento justo, los rayos del Sol, la presencia de alguien en el lugar adecuado, una determinada flexión de los dedos...

-Pero ¿eso es magia, superstición!

-Todo lo contrario. Te repito: es tecnología avanzada, basada en ley natural. Una tecnología que, por cierto, fue empleada a un nivel muy elemental durante siglos antes de que se formularan los principios bajo los cuales opera. Eso es lo que tú llamas magia.

-Pero ¿qué principios?

-Al relacionarse dos hechos cualesquiera, aparece -en verdad, se manifiesta- una figura que tiene una cierta resonancia topológica interna. Ella contiene una afinidad o repulsión a otra figura que aparecerá en otra relación. Esta afinidad o empatía puede representarse en forma diagramática. De hecho, debe representarse: la empatía no se produce si las figuras no se diagraman en la acción. Todo lo involucrado surge a un tiempo: dos o más juegos de elementos, sus relaciones, sus empatías, el diagrama, las acciones que preceden y suceden su manifestación en una onda de estabilidad relacional... Eso es un integrador. También se aproxima mucho a lo que es (o finge ser) una persona.

Ella pareció tardar en digerir esto último. Mirándola allí, mordiéndose los labios, seguí adelante:

-Por ejemplo, allá abajo tú querías fuego para encender un cigarrillo. Si conocieras la sistematicidad por la que se manifiesta el fuego, si pudieras entenderte con el fuego -digamos, lo que rudimentariamente se entiende por "invocarlo"- no necesitarías preocuparte por perder tu encendedor.

-Pero tú llevas uno.

-No es un encendedor. Es un tubérculo, y no lo necesitaba para producir ese fuego.

-¿Y para qué sirve un... tubérculo?

-Para cosas bastante más complicadas que para encender cigarrillos. Olvidémoslo por ahora. Dame una piedra cualquiera.

Bea recogió en silencio una piedra del tamaño de un limón.

-Sujétala allí. Eso. Mira -y en una arista produce una llamita.

-¡¡Geñaalü ¿Cómo haces eso? ¡Es brujería!

Aprobé doblemente ese tuteo. El temor, por lo menos, había recedido.

-Exacto. Esto mismo hacían las brujas y los hechiceros que, quién sabe si casualmente, descubrieron un puñado de integradores que aparecían bajo la especie de personas. Los llamaron diablos, hadas, gnomos... todos susceptibles al engatusamiento, útiles, manipulables. Puedes hallar ejemplos de esto por toda la historia, pero sobre todo entre los pueblos y épocas menos orientados a la tecnología material. Fue como si el éxito en cruzar un río modificando troncos a hachazos hubiera desviado a romanos y norteamericanos del camino de hacerlo cantando, llamando a las hadas.

-Hummm... y supongo que una vez que alguien descubre que puede cruzar un río convocando a las hadas y los gnomos -ladeó la cabeza, y supe que aún dudaba, pero que empezaba a saber- encuentra también que ya no tiene sentido hacerlo: se propone hacer otras cosas más interesantes con ellos... -Y eso fue, directamente, una pregunta.

-Claro- sonreí con complicidad. -Como adentrarse un poco en la galaxia.

Descendíamos hacia la oscurecida llanura, y la llanura era ya Ucronia. El escepticismo de Bea estaba dando paso al gusto: como no podía ser de otra manera, mi comarca no tardaba en mostrar sus delicias, en enviciar con ellas a sus moradores. Aquella noche hablamos muchísimo.

## VI

Bea preparaba un desayuno a su medida y antojo. Mi cocina era inverosímil e infinitamente útil, como el sistema solar que la rodeaba por todas partes y hacia cualquier punto del cual se podía salir desde cualquier gabinete para realizar cualquier cosa. Mucho más afuera, a la onerosa distancia del tiempo, bullía la galaxia: un universo giratorio de burbujas de gas caliente, un vórtice de hervor blanquecino que emergía de la negra y humeante taza de café que ella batía con una elegante cucharita de plata -mi concesión de anticuario a los buenos y viejos usos del metal.

En Ucronia, literalmente, no había tiempo para nada. La discusión con la que recorríamos el interminable rosario de temas -que queríamos ordenado pero que se hacía efervescente al menor descuido- tomaba la totalidad de nuestros días y semanas. Como era de esperarse, esa divertida tarea de disolver significados y fundar otros, de establecer filosofías alternativas, de contemplar a la historia de la cultura como un gran happening, debilitaba los tiempos verbales, las alusiones a pasados y futuros ordenados de manera lineal. Pronto corroería también los estrictos límites de nuestras personalidades. Es cierto que todavía el mundo se correspondía con cierta gramática mientras aún era yo quien disertaba: pero cada vez menos.

-Sí, antaño hubo mucha fascinación por los fractales. Poco tardamos en convencernos de que eran un fraude. Un rectángulo, además de ser la sombra de un arquetipo platónico, puede dibujarse de cierta manera y representar un rectángulo físico, sus ángulos y proporciones: digamos, las de determinada cancha de basquetbol. La geometría fractal puede cumplir la primera función, pero jamás pudimos lograr que una imagen fractal concreta describiera precisamente una hoja o un coral concreto. Así que pronto los fractales quedaron relegados al arte figurativo. Hoy reconocemos a Mandelbrot como un interesante puntillista, aunque hay quienes le buscan un sitio junto a Klee, a Jackson Pollock.

Que la frase que incluía el nombre de Klee volviera a aparecer en sus labios días antes era común. Porque las ideas crecían en todas direcciones, lanzadas desde su propia libertad. Las ideas vivían de nosotros, buscaban perpetuarse en nuestras conciencias o

hacerse en otras, en una búsqueda sin fin; una manera de hacer el nudo en los pasadores competía con otras demostrando su eficiencia en mantener atada una zapatilla; entretanto, el nombre del nudo nacía y competía (o había competido) con otros nombres de nudos. Sólo algunos sobrevivientes conquistaban en la conciencia sus porvenires pequeños o grandes, sus historias opuestas, rivales o cómplices. En ese largo festival, en esa obscena y feliz exhibición, la conciencia se coyundaba con las ideas y celebraban su simbiosis en una danza dionisiaca y propiciatoria de sí misma.

No deja de ser interesante que, en ese limpio trayecto hacia sí, la conciencia tuviera un pequeño tropiezo con Bea. Sucedió pasadas algunas semanas de nuestra mudanza; ella ya admitía casi todas las ideas que me empleaban como infector, aunque aún se detenía a defender -a ver cómo encajaban- sus prejuicios académicos. Pero desde la escuela y la universidad, años de exposición al residuo tóxico del relativismo cultural no podían haber dejado de afectarla: descubrí que toda pretensión de objetividad le resultaba pecaminosa, intragable.

-Pero si ya Jenófanes decía que si los caballos tuvieran dioses, éstos tendrían cabeza de caballo. ¡La realidad se confecciona desde la cultura propia!

-Desde luego que la confeccionamos desde la propia cultura -(mi paciencia la exasperaba lo justo para hacer más divertida aquella esgrima) -pero allá en el fondo del tiempo la naturaleza tendrá o tuvo una naturaleza intrínseca, de cuya confección no "participó" la conciencia, sino que será, o bien fue, la conciencia traducida en acción.

-Pero no puedes negar que, siendo la realidad un constructo cultural, lo intercultural dará un arco iris de "objetividades" incompatibles...

-Despéjate de esas supuestas incompatibilidades. Hay una realidad absoluta, aunque es cierto que siempre estamos limitados a conocer desde nuestros sentidos y nuestra cultura.

-Entonces hay una limitación, y es una limitación absoluta que cierra el paso a lo que dices.

-No: ése es tu error. Se trata de una limitación pasajera. Asumirla como definitiva es consagrarla como tal.

-¿Qué dices? ¡Pero si sólo un espíritu absoluto podría constituir una realidad absoluta!

-Ciertamente. Y el lugar de eso es el futuro. Nuestra obligación es, otra vez, salirnos de esa limitación, afirmar nuestra vocación a constituir la objetividad absoluta: al mismo tiempo que constituimos la conciencia absoluta. Ten paciencia, Bea. Eso sólo toma una enormidad de tiempo.

En realidad ya lo había tomado, recordé, mientras descubría con cierta fascinación cómo Bea era del todo impermeable al concepto del desarrollo humano futuro, a la expansión ilimitada del hombre. Su escepticismo era tan completo que ella misma no lo admitía como tal. En una palabra, no se concedía pensar que la especie humana pudiera ir mucho más allá del horizonte de lo doméstico, menos todavía: de lo prudentemente ecológico. Mis explicaciones y teoremas dieron paso, inútilmente, a ironías y pullas. No pude sino cerrar aquel capítulo con algo que, lamentablemente, sonó como una opinión, no como la cita profética que era:

-Si no pudiéramos corregir esta opción por lo doméstico, esta vocación por la conservación ecológica como su propio límite, el pellejo humano tendría menos valor que la membrana celular de la que nació: porque ésta definía el universo, mientras que aquél lo niega, lo miente y lo olvida. La realidad es nuestra obligación.

-Veremos -dijo ella.

-Precisamente: te apuesto que lo veremos.

-No en esta vida... No juntos, en cualquier caso.

-No estés tan segura -repliqué, y la distancia que ella impuso desde entonces en ese tema fue insalvable.

## VII

Antes había tenido alumnos, pero esto era distinto... La cercanía y continuidad de nuestras conversaciones eran su deliciosa causa y efecto. Ciertamente, los humanos hacemos personas de lo que tenemos más cerca. Cuando requisé a Bea para mí -detesto esta figura, pero insistiré en ella- aún no se sabía si los humanos lo hacíamos porque atribuimos identidad a las cosas o porque hacemos una cosa de nuestra identidad percibida, de ese fantasma ilimitado que es lo que más probablemente somos. Porque, después de todo ¿quién era yo? ¿Y quién era ella? Conforme a la teoría, el Gran Alarán, el Qahirq, la palabra, eran una persona: habían esperado quietos siglos en Ucronia para ser una persona. O bien eran ella, que podía ser impetrada, o yo mismo, que no era otra cosa que un integrador que había generado otro, una máquina de von Neumann hecha de materia espiritual y que por fin generaba un espejo en el cual mirarse, el imprescindible otro que requería para conversar.

No se me escapa que "Bea" misma -al menos la porción de ella que me acompañó un tiempo- podría ser un invento mío, un personoide fingido, un subintegrador propiciado por mi soledad tan de soslayo como un cigarrillo requiere (y finalmente produce) una llamita. Quizá sí la vi y me atrajo, y al no poder tenerla hice lo necesario para disponer de una copia de ella, una que ahora ha caducado tras haberme mantenido un tiempo en la felicidad. No quiero creer que haya sido así, que aquella mujer real nunca me respondiera el saludo, que nunca le hubiera dado yo fuego. No porque la anécdota me entristezca (y valga esto para dar fin a esta parva y alargada presentación de mí mismo) sino porque debería hacerlo. Y yo no podría honrar ese sentimiento: a cambio de todo lo ganado, mi especie ha perdido para siempre la capacidad para la tristeza.

Fue así como, suponiendo en mí un pesar que parecía conveniente pero que yo no expresaba, Bea tomó la decisión de no permanecer a mi lado en Ucronia. Tampoco sentí despecho -me lo impedían la edad y el sentido común- pero sí un tibio dolor cuando me lo dijo, que se repitió cuando partimos de vuelta hacia la llanura.

Ella ya sabía subir sola, pero yo no podía dejar de acompañarla. Antes de despedirnos, a poca distancia del camino que volvía a Liache, vi su mirada reconocer lo que representaban, lo que en verdad eran aquellas agujas de piedra que acogieron nuestro primer encuentro. Vi la nueva y sabia complejidad de su sonrisa, vi florecer su

entendimiento en esas curvas divertidas que enmarcaban sus labios. Sentí un orgullo quedo y macizo que compartí con esas entidades que -como yo mismo- no habían existido antes para quien ahora las entendía y saludaba. Me sentí cómplice del universo. En un último diálogo, renovamos aquella discusión.

-¿Sabes qué, Dante? Eres un diablo o un ángel.

-No; al menos, no sólo eso -precisé, recordando aquel gastado verso con el que nos había imaginado un poeta no menos imaginario y no menos real que sus distantes, borrosas creaturas: Tú, que entraste conmigo... Las despedidas largas eran un contrasentido; en el universo nada concluye realmente y ella, quiero creer, lo entendió en ese momento.

-Bueno... Ya nos vemos, ¿eh? -y en la ligereza de su frase yo encontré la confirmación de las promesas que ella no me aceptaba.

-Qué duda cabe: ya te lo he dicho.

-Geñal -fue lo último que escuché de ella, y fue otra vez tierno saber que esta palabra, al menos, no se había revestido de nuevos significados. Era su viejo geñal, simplemente.

El mundo se apagó una vez más y cuando se encendió era de día y ella ya no estaba y yo ocupaba el centro de un enorme silencio. Casi no había sombras que destacaran las queridas huellas de sus zapatillas en la grava bermeja y alisada por el viento.

## VIII

Seré pedante, pero le he concedido mucho tiempo a pensar qué la hizo rechazarme. Quizá yo debía compensar con mi abrupta soledad el intento de contaminar a otra conciencia con ella. Quizá las ganas de contarle a Kutsnezov, a Manuel y Sergei su paseo por Ucronia animaba a Bea aun más que prolongarlo... Pero yo creo, más bien, que a Beatriz Mathieu la afectó un tabú más potente todavía que la hoy muerta prohibición social del incesto: un Némesis que inhibe, por juzgarla amenazante, una comunicación absoluta entre dos personas. Me he sentido tentado de creer que tal vez, de no haberle permitido esas horas de soledad, de haber insistido en mi presencia, Bea se habría quedado para siempre a mi lado.

Pero la esencia de la palabra es la libertad, y en mi pecho siempre trajinó la libertad de ella. En ese largo festival, en esa obscena y feliz exhibición que hice ante Bea, mi espíritu danzaba su propia danza con la palabra, que lo requería para su duradera simbiosis, y que requeriría también, desde entonces, a Bea. En cuanto a mí, en Beatriz Mathieu añoré mi juventud y mi antiguo acceso a Ucronia, tan casual -y tan ilegítimo, y tan provocado, entonces- como el de ella. Porque habiendo compartido mi café, habiendo dicho todo lo que dijimos, habiendo, en una palabra, ejercido Ucronia, arriba ella descubriría que mantendría vigentes sus nuevas capacidades, que había dispuesto para sí una vida tan larga como la mía. Y que, como Proserpina, ella se permitiría volver, si no por Plutón, por causa de los tres dátiles que le aceptó una tarde.

Meditabundo, esperé en la superficie que la noche mineral resbalara sobre mí. Llovió ligeramente, aunque las nubes que parchaban el cielo rosado eran tan tenues que no lograban ocultar las luces de posición de los transbordadores. Me reí, satisfecho y también feliz. Ni siquiera en ese desierto la garúa lograba ser novedosa sobre mis mejillas.

Como a mi cucharita de plata, me había acostumbrado a esas grandes naves y a su diaria ronda orbital, al arcaico encanto de lo leve y aparatosamente útil. Me gustaban estas máquinas, la liosa tecnología de este presente. La encontraba legítima y amable, a pesar de los alaranes y del Qahirq, a pesar del Ikaese, la lengua fundamental; a pesar de la enorme ventaja de las herramientas futuras, de los directos utensilios de Ucronia. Aquellas eran toscas y todavía se embrollaban con la materia; éstas, las mías, aparecían como el ápice visible de algo más complejo, algo que no figuraba en el mundo y el siglo de Bea como piedra y sombra. Se trataba de la vieja figura del témpano, cuyos nueve décimos están ocultos, y que -como tantas otras cosas a las que la ciencia de la historia no presta importancia: giros del lenguaje, canciones de cuna, formas de hacer un nudo, cosas viejas de otra vejez muy distinta- ni siquiera una historiadora como Bea hubiera reconocido. Desde luego, por una deformación profesional, los historiadores (Kutsnezov y todos los de su especie incluyendo, a mi pesar, a Bea) atribuirían al pasado cualquier resto de importancia que apareciera en el presente. Mucho les sorprendería a los académicos lineales y confiados saber que estos prodigios, cuyas sombras sensibles aparecían como rocas, atardeceres y palabras en su desierto doméstico, ni siquiera eran obra de mi especie, sus abuelos. Porque nosotros, todavía hombres en el futuro distante, no fuimos sus constructores. Los encontramos allí: furtivos, estupendos, y ya usados y gastados por los arquitectos de un mañana infinito.

## IX

Queda, por decirlo de una manera entrañable, una piedra en mi propio zapato. Me libraré de ella con un comentario final acerca de la objeción de Bea al panorama del futuro humano. No quiero hacer más escarnio de lo poco que en este tema la ilustró su condición de historiadora; la decencia me lo prohíbe y quizá un amor perezoso por ella ya me lo impide. Aquella distante tarde Bea había mantenido que la especie humana ya había encontrado los límites de su expansión, que la conquista de nuevos territorios era cosa del pasado, que había llegado para el hombre la hora de la responsabilidad doméstica, del cuidado de la ecología. No podía, no quería refutarla señalándole lo obvio. Pensaba en eso mientras me disponía a descender de nuevo hacia mi porción oculta y problemática de realidad, hacia aquellos nueve décimos de témpano que yo conocía mejor.

El Sol ya se había puesto. Muy cerca del horizonte, Venus no se veía: los intensos trabajos que se llevaban a cabo para aligerar su atmósfera le habían quitado ese antiguo esplendor que creímos doble y llamamos Héspero y Fósforo hace tres mil años.

No, Bea no tenía razón. Me detuve un momento y consideré con esperanza la ancha bóveda celeste. Las nubes habían desaparecido, empujadas por un viento seco. La noche sería muy fría. Vi que, fiel a su noria invertida, Pobos se acercaba al cénit a gran

velocidad. No lejos del horizonte, un lucero doble -la Tierra, acompañada por su propia y tremenda Luna- presidía el desfile estelar mientras en el horizonte opuesto bailaba la neblina luminosa de la ciudad terrícola. Liache, a la vista de Syrtis Major, era la segunda ciudad humana en Marte que contaba con una universidad, y la primera que surgió sin necesidad de cúpulas. La especie humana había limpiado la atmósfera; había hecho del planeta rojo una segunda Tierra; una en la cual se podía, por fin, fumar un cigarrillo, tomarse la pausa de una taza humeante de café... y empezar a mirar más allá de nuevo. Estos niños, mis antepasados, habían conquistado un segundo planeta y trabajaban en un tercero; estaban en camino hacia la galaxia, hacia el dilatado nosotros que me incluía, que me hacía exceder mi propia vieja piel... y que, a pesar de ello, lograba hacerme extrañar tanto a Bea.

De modo que no hice mucho caso a su objeción. Tenía muy buenas razones para asegurar que en los siglos que nos quedaban por delante, ella, y yo -o quienes cumplieran para el orbe esos papeles- volveríamos a retomar esos arcaicos giros del lenguaje, esas obstinadas canciones de cuna y esas acérrimas formas de hacer un nudo. Incluso, podía confiar, esas antiguas versiones de un yo individual... y, en consecuencia, esa larga y preciosa conversación que dos sombras habíamos empezado en el árido desierto marciano.

Empezaba a hacer frío. Irguiendo la cabeza, pronuncié la palabra (alargada en un nuevo par de sílabas) y me hundí nuevamente en el futuro.

**FIN**